

LUCIANO FRANCISCO COMELLA VALLMITJANA, Y SU ÉPOCA

(1751-1812)

Creemos sinceramente que memorar en estas fechas la personalidad de Luciano Comellá, en ocasión del segundo aniversario de su nacimiento, será no tan solamente vindicar unos méritos literarios, harto negados y pisoteados por la crítica de su tiempo y posterior, sino también dejar constancia, con este modesto intento, de un valor vicense, por nacimiento, abolengo y apellido, que durante el último tercio del siglo XVIII, y principios del XIX, obtuvo el favor y aplauso del público español y extranjero y recabó la envidia y dentera de los prohombres más significativos de aquella época.

Luciano Francisco Comella Vallmitjana, nació en Vich, en el 13 de noviembre del 1751. En el archivo de la Curia eclesiástica (folio 430 del volumen de bautismos 1743-1753) aparecía su inscripción bautismal. Hijo de padres nobilísimos, pero con más escudos que doblones, después de haber recibido una educación esmeradísima, heredó de los mismos, como único legado, una auténtica vocación para la poesía dramática y alguna que otra amistad en la corte de Madrid. Su padre había sido hombre de armas y de letras; con aquellas se había granjeado la amistad de altas jerarquías de la milicia, con las que había luchado en las guerras nacionales de los reinados de Felipe V y Fernando VI encauzadas por aquellos gobiernos para rescabarse de los desastres políticos-militares de los últimos Austrias. Y con una cultura, nada vulgar, educó a su hijo Luciano, influyendo decisivamente a formar su temperamento literario.

A la edad de 23 años, Luciano Comella, se va a Madrid en busca de más vastos horizontes que su vocación dramática le exigía y la ciudad de Vich le negaba. Y se va a la corte, sin más bagaje que unas cartas de recomendación en las que su padre suplicaba protección para Luciano, y su firme propósito de triunfar. Las cartas fueron mal recibidas y peor atendidas. Después de muchas esperas y desesperos, Comella halló, por fin, quien le deparó un cargo medianamente retribuido y aún le brindó oportunidad de representar sus primicias dramáticas. El mecenas en cuestión fué el marqués de Murtara, antiguo amigo del padre de Comella, casándose al poco tiempo con Doña Teresa Beyermón, dama de honor que fué de la marquesa.

Y aquí empieza el calvario y gloria de nuestro dramaturgo. Desbordada su economía particular por las exigencias de una familia ya numerosa a los seis años de matrimonio, Luciano busca y halla ocasión de representar sus primeros ensayos dramáticos, con tal éxito que pronto su fama trasuntó rápidamente al público de Madrid. Mimado por este predicamento, se lanza rápidamente a la conquista de la fama, escribiendo y representando, con inusitada rapidez, la primera serie de comedias y dramones que constituyeron las delicias de un público ávido de gustar escenas dramáticas representativas de temas históricos-legendarios, en cuyos arreglos, manejos y aún destajos, Comella era un lince, y que, como es sabido, habían constituido la trama del teatro nacional del barroco español. Para mejor aquilatar y justificar el extenso repertorio dramático de Luciano Comella es necesario relacionarlo con el ambiente literario de la corte, durante el último tercio del siglo XVIII.

Por una parte, el pueblo espectador asiduo a las representaciones, con su inveterada devoción hacia las comedias de tipo caballeresco en que la fe tradicional, la fidelidad a la patria y al rey, el sentimiento del honor caballeresco, la intriga, la galantería, los desafíos y traiciones, etc., constituían toda la trama de la acción dramática, participando ruidosamente en los desenlaces de la escena, aplaudiendo a los héroes y silbando a los traidores, exigía, más que pedía, en la época de nuestro Comella, la continuidad de aquel teatro en los tablados de Madrid.

Pero frente a este deseo popular, opera una reacción contraria y de signo oficial. El cambio de dinastía en el tróno, repercutió, con la política afrancesada de los primeros borbones, en el arte, y así mismo operó en el drama. La reacción la inicia Ignacio Luzán, al publicar su «Poética», e imponer unas normas que en adelante, con el apoyo oficial, debían respetar y obedecer los literatos, normas que en el ámbito dramático exigían sujeción a las inflexibles unidades del teatro. Y al mismo tiempo, se inician los ataques contra el teatro del siglo de Lope y Calderón. Montiano y Luyando en sus «Discursos sobre las comedias españolas» y Nicolás Fernández Moratín en su «Desengaño al teatro español», llaman a Lope corruptor y desdennan a Calderón. Clavijo y Fajardo arremete duramente contra los Autos Sacramentales a los que logra poner a la picota al ser prohibidos por el gobierno de Carlos III. Y este grupo minoritario, de tipo afrancesado, obtiene el favor oficial, y con el mismo impone un teatro académico, galicista, y cuyas escasas representaciones, salvo alguna que otra comedia, fueron recibidas con la mayor indiferencia por parte del pueblo.

Ante esta disyuntiva, Luciano Comella, con esta intuición tan propia de los auténticos poetas, dotado de ingenio y talento, por más que digan sus adversarios, para triunfar en uno u otro frente, se da cuenta de que su popularidad estaba en el pueblo; por otra parte, su precario y exhausto erario familiar no le permitía perder el tiempo en pulir y perfeccionar sus comedias amoldándolas a la moda neoclasicista y adquirir de este modo cierta fama en el ambiente reducidísimo de los mandones de su tiempo, y por otra parte sin trascendencia económica que, para él, era problema de primer orden. Ante tal realidad, hace funcionar su rebentazón creadora, y desafiando a las furias de los afrancesados, inunda las escenas de la corte con un sin fin de comedias, de dramas y dramones, con los que obtiene el aplauso y favor de un público que enardecido por sus asuntos, ve en Comella trazas y maneras de un dramaturgo de primera fila. El «Federico en el campo de Torgau», «Cristóbal Colón», «María Teresa en Landau», «Pedro el Grande», etc., son representadas periódicamente en los teatros de Madrid. Pronto su fama rebasa los círculos de la corte y sus comedias son representadas no solamente en el resto de España, sino también en Florencia, Roma, donde su «Jacoba» obtuvo un éxito resonante, y en Nápoles, donde en el 3 de febrero de 1794, S. M. Siciliana manda representar y asiste a la escenificación del «Federico».

Pero con todo, y a pesar de la tremenda popularidad alcanzada con sus obras, nuestro Comella no se ve aliviado en sus acuciantes necesidades. En definitiva, el dinero pasa, en su mayor parte, a los bolsillos de los actores y empresarios, y por ello su vida continúa siendo desventurada y arrastrada. Y por si fuera poco, sus adversarios, con Leandro Fernández Moratín en cabeza, arremeten sin piedad ni conmiseración no solamente contra sus comedias sino también ridiculizando su persona y familiares. Moratín lo satiriza en su «Comedia Nueva o el Café»; en folletos clandestinos, se perfila caricaturescamente al pobre Comella y a su propia hija, que era un tanto jorobadilla, y al parecer ayudaba a su padre, a modo de amanuense, a la confección de sus dramas. Pero Comella sigue trabajando, de noche y día, y aún

pretende del corregidor mayor de Madrid, Armona, una subvención, mediante una instancia que copiamos:

«Señor Corregidor: D. Luciano Comella Vallmitjana, con el mayor respeto hace presente a V. S. que, naturalmente inclinado a la poesía dramática, se ha dedicado de algunos años a esta parte a su composición, dando al teatro las piezas que le permiten componer los ratos de ocio que le dejan libre sus ocupaciones muchas. Que habiendo en el día cesado estas, se ha dedicado únicamente a este ramo de la Literatura, escribiendo sin intermisión para dicho Teatro, como lo ha verificado con acierto notorio en los dos «Federicos», las dos «Cecilias», «El Pueblo feliz» y otras, mereciendo en estos dramas el aplauso de algunos sabios y de la mayor parte del público. Pero como en estos mismos dramas se reconozca el suplicante algunos lunares y desee perfeccionar cada día más sus producciones, ha enviado por su surtido de los mejores modelos extranjeros y otras obras metódicas. Y careciendo de los medios suficientes para su pago, y sabiendo lo propenso que es V. S. en fomentar los genios laboriosos y aplicados en esta clase de literatura, suplica, se sirva mandarle la gratificación que fuere de su agrado. Gracia que espera alcanzar de la justificación de V. S.».

El corregidor pasó la instancia, para su informe, al censor de teatros, que era Santos Diez González, amigo de Moratin, y de la cuerda de los afrancesados, quien, después de extenderse en un largo informe, salpicado de pullas contra la persona de Comella y sus obras, aconseja que «acaso podrá ser útil gratificar por vía de socorro en sus actuales urgencias, en atención a los deseos que manifiesta de aprender a escribir con acierto en lo sucesivo para el teatro». Veinticinco doblones fueron pagados a Comella. No se desanima por ello y continuó como si tal, aumentando el número de sus obras que llegaron a rebasar la centena, en cuyas últimas producciones inició un teatro costumbrista popular, de tanto o más valor, si cabe, que los propios sainetes de Ramón de la Cruz. En 1808, en ocasión de la guerra nacional frente al invasor, mientras casi todos sus enemigos se pasaban al bando de José I, Comella, permaneció fiel a la causa nacional. Y en 1812, cuando la patria se sacudía definitivamente de la dominación napoleónica, parece que escribió un drama, en homenaje a la heroicidad del pueblo español, que al ser representado con tanta fortuna como éxito, facilitó los primeros desahogos de su vida; pero la desgracia se cernió una vez más en su persona. Murió víctima de una indigestión de arenques.

En estos tiempos en que, según parece, va a procederse a una nueva valoración de poetas, dramaturgos y novelistas, que integran los manuales de nuestra historia de la literatura, desplazando de la misma a muchos que generosamente se les relaciona, y añadiendo a otros que la crítica actual ha descubierto, bueno sería incluir en la misma, a valores como nuestro Comella, cuya producción literaria, entendemos no ha sido justamente apreciada.

La ciudad de Vich está en débito con Luciano Comella. Su nombre debería dejar constancia en la ciudad, de una u otra forma. Julio Cejador, dice, al final de un comentario sobre Comella «...quememos pues sus obras y con sus cenizas amasemos la argamasa para levantarle un monumento». La cantidad de toda su producción, la calidad de algunas comedias, especialmente las populares, la fluidez y melodía de sus versos la bizarría de sus personajes, el reflejo costumbrista del pueblo español de su época, excusan los errores, literarios, en que incurrió, y le hacen merecedor, en su patria natal, de algún testimonio duradero de su nombre y memoria.